

# ***Crisis y nuevos modos de desarrollo***

**Aranda, Sergio**

---

**Sergio Aranda:** Economista chileno. Investigador y profesor titular del Centro de Estudios del Desarrollo, CENDES, de la Universidad Central de Venezuela. Ha publicado numerosos artículos y varios libros.

---

*Los gobiernos de América Latina y el Caribe, al tratar de resolver la crisis que enfrentan sus países desde hace una década, están desmontando los instrumentos, la institucionalidad y los conceptos que caracterizaron al modelo de sustitución de importaciones. Cada sociedad lo hace a partir de sus propias realidades económicas, sociales y políticas y de los conflictos y consensos que protagonizan las distintas fuerzas sociales.*

*La liquidación del modelo de sustitución de importaciones no ha dado lugar todavía al surgimiento de otro u otros, que tengan la estabilidad, coherencia y consensos indispensables. Sólo hay elementos. El autor explora los tres escenarios más probables y cree que, hasta ahora, únicamente aparecen los dos más negativos. La viabilidad del escenario más deseable, que dista mucho del óptimo, dependerá de la capacidad para integrar amplias y duraderas alianzas políticas de poder.*

La prolongación y agudización de la crisis durante varios años está ocasionando profundas transformaciones en la región. Estas aluden a los cambios en las políticas económicas, en la institucionalidad precrisis, en la conducta de los agentes económicos, políticos y sociales y en las concepciones económicas y políticas predominantes.

Estos cambios han sido fruto, en una medida decisiva, de las experiencias acumuladas en estos años en la propia región y, también, aunque probablemente en menor grado, de las experiencias y los acontecimientos mundiales.

### **Los infructuosos intentos de retomar el camino viejo.**

En efecto, estos pocos años han brindado riquísimas enseñanzas luego que cada país se vio obligado por las circunstancias a poner en práctica diversas medidas encaminadas a resolver los grandes desequilibrios macroeconómicos. Cada uno de ellos lo hizo a partir de sus propias realidades económicas, sociales, políticas e institucionales y en diferentes momentos, de acuerdo a la gravedad de los problemas y a las condiciones políticas internas. Aunque la orientación general de la política económica ha sido esencialmente la misma, las medidas fueron diversas y aun en los casos en que fueron similares varió la intensidad, los instrumentos concretos utilizados o la aplicación simultánea o no de distintas políticas.

Un rasgo común que ha acompañado a los esfuerzos por retomar el camino del crecimiento y del desarrollo ha sido el fracaso que han tenido, una y otra vez, los programas de ajuste llevados a cabo. Han sido precisamente esos fracasos y la necesidad de someter a prueba nuevas políticas y nuevos instrumentos o diferentes constelaciones de instrumentos, lo que ha estimulado y ha enriquecido la reflexión teórica y al pensamiento crítico y ha permitido ir avanzando en la formación de consensos políticos y sociales, por fragmentarios e incompletos que éstos puedan ser, en torno de nuevas propuestas.

### **Distintas situaciones ¿distintas etapas?**

La diversidad de situaciones explica que, en este momento, los países de América Latina y el Caribe se encuentren en condiciones diferentes, dentro de un marco de problemas comunes. Las diferencias a que se hace referencia tienen que ver, entre otras, con el hecho de que en algunos países se están logrando ciertos equilibrios macroeconómicos básicos, como es el de los precios internos, en tanto que otros países están todavía tratando de alcanzarlos. Es posible, desde luego, que esos equilibrios sean sólo transitorios y mucho más precarios que lo que pudieran aparentar. Sin embargo, esa diferencia se torna casi crucial para los objetivos de diseño e implantación de políticas industriales coherentes y sostenidas. Como se ha señalado con frecuencia, el establecimiento de políticas industriales sólidas y de largo plazo sólo es posible en un entorno de estabilidad macroeconómica dinámica, lo que no implica que no puedan lograrse avances importantes incluso antes de lograr la estabilidad y, más aún, contribuir a su logro.

### **Desmantelamiento del viejo modelo y elementos para uno nuevo.**

A lo largo de estos años los acontecimientos vividos hicieron cambiar paulatinamente los primeros enfoques. Después de la adopción inicial de medidas de emergencia de carácter contingente, cuyos resultados, en el mejor de los casos, sólo lo-

graron aminorar transitoriamente algunas manifestaciones de la crisis, comenzaron a aflorar planteamientos que propugnaban cambios radicales en el modelo de crecimiento seguido hasta entonces.

### **La crítica teórica y práctica de un modelo obsoleto.**

Un primer elemento lo constituye el extendido rechazo a algunas características del llamado modelo de sustitución de importaciones y al consenso de que, en la etapa actual que ha alcanzado el desarrollo económico de América Latina y por las características que ha asumido el avance de la economía mundial, éste no conduce más ni al crecimiento de la producción, ni a la creación de suficientes empleos ni al mejoramiento de la productividad ni, en términos amplios, a la elevación del nivel de vida de la población de la región.

La constatación es que después de medio siglo se había entrado en una etapa de estancamiento prolongado y de desequilibrios macroeconómicos recurrentes, abriendo caminos a políticas que han provocado un abismal deterioro de las condiciones de vida de sectores mayoritarios de la población, producto de la caída del ingreso nacional per cápita y, más importante, de una violenta redistribución regresiva del ingreso. Este recusamiento generalizado es la plataforma necesaria para poder ir construyendo el nuevo modelo.

Ingrediente fundamental en el progresivo rechazo a la vigencia del modelo de sustitución de importaciones ha sido el trabajo realizado por teóricos de las ciencias sociales. Por un lado, poniendo de relieve el carácter concentrador y excluyente que fue asumiendo en su comportamiento histórico; por otro lado, haciendo resaltar que el proteccionismo que caracterizó el modelo había devenido en fuente de privilegios, de inmovilismo empresarial, de corrupción y de atraso tecnológico, además de impedir la elevación de los salarios reales por la vía del aumento de la productividad, de la reducción de costos y del acceso a artículos importados más baratos y de mejor calidad. También el pensamiento neoliberal ha formulado una crítica sistemática y muchas veces demoledora al modelo de sustitución de importaciones, aunque lo haya hecho desde un punto de vista histórico y sólo tomando en cuenta los problemas suscitados en su etapa de agotamiento.

### **¿Desmantelamiento y construcción simultáneos?**

Un segundo elemento está conformado por los cambios producidos en las economías y en las políticas económicas latinoamericanas y caribeñas orientadas ahora al desmontaje más o menos sistemático del proteccionismo. A la reducción del papel del Estado en la economía y la renuncia deliberada a que éste siga asumiendo cier-

tas responsabilidades como las de mantener fijos o controlados los precios, el o los tipos de cambio, el regular las tasas de interés o el ingreso o creación de nuevas empresas, la producción u otras. Un elemento esencial de las nuevas políticas es el de atribuir al mercado un papel más activo y de mayor relevancia en las decisiones económicas y en la asignación de los recursos.

Durante varias décadas, por ejemplo, los gobiernos asumieron la responsabilidad de mantener tipos de cambio fijos, ya fuese uno solo o múltiples. Esta práctica trató de sostenerse durante la mayor parte de los años de crisis; no obstante, son cada vez más los gobiernos que ante lo infructuoso de los intentos y las repercusiones negativas que han tenido los esfuerzos financieros para lograr ese objetivo, han llegado a la convicción de la necesidad de dejar flotar el tipo de cambio, limitando su participación a tratar de evitar fluctuaciones demasiado bruscas o erráticas.

Consistente con las ideas de someter la producción doméstica a la competencia externa y, por esa vía, provocar aumentos en las inversiones y en la productividad, se ha procedido a rebajar drásticamente los aranceles y a eliminar o reducir medidas proteccionistas no arancelarias. Otros aspectos de la liberalización de las economías latinoamericanas son el abandono de los controles de precios internos, la eliminación de los subsidios y la privatización de empresas públicas. Es preciso apuntar, sin embargo, que existen diferencias muy importantes en los alcances de la aplicación de algunas de estas políticas por los distintos países.

### **¿Hay modelos alternativos ya constituidos?**

Independientemente de que aún no esté establecido que los ajustes realizados hasta ahora logren, por sí solos, los equilibrios macroeconómicos indispensables y la recuperación de ritmos de crecimiento promisorios, para algunos sectores sociales los rasgos indicados en el apartado anterior parecen ser suficientes para constituir la esencia del nuevo y moderno «modelo de desarrollo» para América Latina y el Caribe; modelo que sólo sería necesario completar y perfeccionar para tener vigencia durante un largo período histórico. Hay, en cambio, otros sectores sociales, ampliamente mayoritarios, para los cuales los contenidos actuales de las políticas vigentes han resultado excepcionalmente perjudiciales y dañinos, que reclaman cambios de fondo para constituir un modelo que les resulte satisfactorio. Los resultados obtenidos hasta ahora, a pesar de su enorme costo social, parecen ser, con la posible excepción de Chile, bastante precarios en la mayor parte de los países y, en Brasil y Argentina, dos de las naciones más grandes y con una alta proporción de la producción y de la población total de la región, sucesivos programas de ajuste

implementados no han logrado ni siquiera poner bajo control las variables macroeconómicas fundamentales.

El progresivo dismantelamiento del proteccionismo no ha dado lugar a la implantación de un modelo alternativo. Se ha destruido el viejo modelo pero aún no ha sido reemplazado por otro capaz, efectivamente, de promover un desarrollo económico y social sostenido. Sólo se han conformado algunos elementos.

### ***Nuevos modelos de desarrollo***

A pesar de lo señalado anteriormente, América Latina y el Caribe se han ido acercando a un nuevo o nuevos modelos de desarrollo o, dicho con mayor precisión, han ido esbozando algunos de los elementos que formarían parte de nuevos modelos, aun cuando éstos disten mucho de estar conceptual o prácticamente definidos.

El abandono de concepciones y de políticas e instrumentos tradicionales y su sustitución por otras han ido construyendo algunas bases de nuevos modos de crecer y desarrollarse.

Como ha señalado Aníbal Quijano en uno de sus últimos trabajos, la sustitución de importaciones correspondió en su origen, en primer lugar, a prácticas sociales de las clases dominantes. Ahora ocurre lo mismo. Se está construyendo uno o varios modelos por la vía de las prácticas sociales. Es cierto que sus perfiles son aún incompletos y será menester que el pensamiento teórico y, sobre todo, que en las confrontaciones y los consensos de las distintas fuerzas sociales y políticas, específicas de cada país, se vayan precisando sus contornos, determinando las modificaciones indispensables y completando sus insuficiencias, simultáneamente con los avances en la conformación de las alianzas sociales que le darán y avalarán su contenido definitivo.

No es probable que de todo este movimiento vaya a resultar un modelo único. En efecto, si sólo se tomasen en cuenta, aisladamente, algunos rasgos económicos, tal vez existan suficientes similitudes como para dar pábulo a la designación de un nombre particular, único; en cambio, si se considera el conjunto de rasgos que caracterizan a una cierta forma de desarrollo económico y social, resultaría más apropiado hablar de modelos, en plural, para indicar la diversidad de estilos de desarrollo que pueden originarse a partir de la situación actual. Aquí se rescata la idea de que no existe un determinismo que lleve inexorablemente a las sociedades de

América Latina por rutas fijadas de antemano, sino que cada sociedad construye, dentro de los límites que marca la época actual, su propio camino.

**¿Cuáles podrían ser los modelos o escenarios probables?**

Numerosos científicos sociales, con diferencia de matices, establecen los siguientes tres escenarios probables:

a) La instauración de un modelo, autoritario en lo político aunque no necesariamente dictatorial, que privilegie la libertad de mercados, con una mínima intervención estatal, en donde los problemas sociales de desempleo, vivienda, miseria, educación, salud u otros, se irían resolviendo poco a poco por la propia dinámica que la libre competencia imprimiría a la economía. Este es el modelo que prefieren y recomiendan los grandes empresarios, las empresas transnacionales, los gobiernos de algunos países centrales y determinados organismos internacionales representativos de los intereses del gran capital. Debido a los principios e intereses en que se inspiran las políticas generales que se adoptan, y las políticas económicas en particular, éstas provocan una redistribución regresiva del ingreso. El que finalmente el modelo logre o no resolver los problemas sociales no inquieta mayormente a sus impulsores; en el intervalo, el modelo garantizaría amplia libertad de movimientos y altísimos beneficios a los poseedores del capital.

Otras eventuales y graves consecuencias de más largo plazo son la debilidad estructural del tipo de exportaciones y del tipo de industrialización que estimulan las políticas cortoplacistas, basadas en la explotación intensiva y explotadora de los recursos naturales, otorgando un papel subordinado a las exportaciones industriales más sofisticadas, a la industria destinada al mercado interno y a las de bienes de capital y reduciendo la formación de recursos humanos altamente calificados.

De hecho, sólo el peso creciente de exportaciones industriales de alta tecnología puede asegurar mercados en constante expansión y permitir la elevación sistemática de las remuneraciones. El Chile de la dictadura de Pinochet podría ser ejemplo de este modelo.

b) Un segundo escenario estaría caracterizado por un «empate» de fuerzas sociales con proyectos contradictorios tal que haga virtualmente imposible acceder a un modo estable de crecimiento y desarrollo. En un escenario como este, los problemas de desequilibrios macroeconómicos serían recurrentes, las políticas económicas erráticas y los conflictos políticos y sociales no permitirían llegar a los consensos mínimos indispensables para alcanzar un poco de estabilidad.

Las consecuencias de la indefinición y falta de solidez de las políticas económicas es el estancamiento o retroceso económico, el deterioro de los niveles de vida de sectores mayoritarios de la población, la caída de las inversiones productivas y el aumento de la pobreza, de la inseguridad y de la desesperanza. Aun en este caso se introducirían cambios en la dirección de las políticas neoliberales. La Argentina de las últimas décadas podría ser un ejemplo de este escenario.

c) El tercer escenario, el mejor desde nuestra óptica, es el que se configuraría con una alianza de fuerzas sociales que tenga como objetivos inmediatos la ampliación de la democracia política, económica y social, y el consenso necesario para asumir gobiernos estables y fuertes. La estrategia económica estaría determinada por una adecuada combinación de crecimiento del mercado interno y de las exportaciones, enfatizando el uso racional de los recursos disponibles y la creación de otros nuevos, en especial de recursos humanos altamente calificados, de modo de garantizar mejoramientos sostenidos del nivel y calidad de vida de la población. Para lograrlo el Estado tiene que desempeñar un papel esencial, aunque distaría mucho de ser el único o el principal protagonista. Es posible que Chile, donde gobierna una coalición política representativa de sectores sociales populares, pudiera llegar a ser, entre otros, una encarnación de este modelo. En rigor, el advenimiento de la democracia política y su progresiva consolidación no ha logrado todavía alterar las consecuencias sociales negativas del modelo impuesto por la dictadura, lo que podría explicarse por la brevedad del período del nuevo gobierno y por la justificada prioridad que se ha dado al proceso de consolidación democrática. Más inquietante es que no se ve un propósito claro y definido de parte de los formuladores y ejecutores de la política económica de modificar sustantivamente el modelo vigente. Sin embargo, el despliegue de importantes fuerzas sociales y políticas que luchan por el cambio podría llevar a conseguirlo.

### **El poder político determina el modelo.**

En el proceso de dirimir cuál de los escenarios cobrará realidad en cada país, la cuestión del poder político adquiere toda su importancia. Se trata, precisamente, de que un nuevo modelo de desarrollo que realmente tenga como objetivo central y sujeto de sus políticas elevar sistemáticamente el nivel y la calidad de vida de la población, eliminar la indigencia y la pobreza y procurar la dignidad y la solidaridad entre los seres humanos tiene que ser fruto de una alianza social que se proponga y logre alcanzar el poder, de manera de llevar adelante un proyecto histórico de esta naturaleza.

El panorama político actual de América Latina y el Caribe sólo muestra el desarrollo de los dos primeros escenarios. El tercero, el deseable, no está todavía a la vista en ningún país. Pareciera que para llevarlo a la realidad hace falta que se produzcan cambios fundamentales y trascendentes. Es virtualmente imposible pensar que sistemas y partidos políticos gastados y obsoletos en su visión del mundo y en la comprensión de los nuevos procesos económicos y sociales y del cambio de los actores sociales, puedan liderar una transformación semejante o, peor aún, que puedan hacerlo dirigentes políticos corruptos o encubridores y cómplices de la corrupción. En una gran cantidad de países la población está harta de los partidos actuales y de los dirigentes políticos tradicionales: se sienten engañados y manipulados, tienen una profunda y justificada desconfianza hacia el sistema institucional y político vigente y son profundamente escépticos en que las cosas puedan mejorar dentro del marco actual. Hay, sin duda, una honda y extendida crisis moral en los sistemas políticos imperantes en América Latina y el Caribe y en la institucionalidad vigente. Hay conciencia de que la justicia sólo es dura e implacable con los pobres e indulgente o nula para los poderosos. En suma, con gran frecuencia los partidos políticos actuales han dejado de representar a la población latinoamericana y caribeña y se visualiza al Estado como el coto de caza de reducidos grupos económicos y políticos en cada país.

Triunfos electorales de candidatos presidenciales desconocidos o elevadísimos índices de abstención electoral o pérdidas vertiginosas de popularidad de candidatos electos son, entre otros, testimonios de cansancio y desconfianza. Es cierto que la propia descomposición de los sistemas políticos vigentes puede llevar a procesos de transformación desde adentro de ellos o a la reconstitución de los partidos tradicionales o a la aparición de nuevos partidos o movimientos idóneos para liderar modos de desarrollo que satisfagan a las mayorías nacionales. El que en este momento sólo aparezcan como excepciones no implica que no puedan generalizarse en el futuro. Su extensión dependerá del carácter de las luchas políticas que se libren en el futuro, de la habilidad para crear alianzas políticas y sociales estables, de la combinación de realismo y audacia que puedan tener dirigentes políticos maduros e inteligentes, comprometidos de verdad con sus países y con sus pueblos.

Como siempre antes, el nuevo modelo será resultante de un proceso contradictorio y complejo, que puede tomar varios años antes de asumir perfiles esenciales definidos y permanentes. Lo importante es tener presente que ya la región está inmersa en este proceso y que se están librando batallas alrededor de sus contenidos. Sin embargo, la experiencia de los años treinta mostró que, como respuesta a la crisis, no todos los países accedieron a nuevas formas de desarrollo capitalista. Los hubo,



como los países centroamericanos, Haití, Bolivia, Paraguay, que sólo lo lograron después de varias décadas y en otras circunstancias históricas, pagando un altísimo precio en estancamiento, atraso y graves carencias sociales por esa demora. No puede descartarse que pudiera volver a ocurrir lo mismo si en algunos países no se logran las fórmulas políticas indispensables para llevar adelante los cambios requeridos. En estas circunstancias no sería sorprendente que en los próximos 10 ó 15 años coexistieran los tres escenarios descritos más arriba.

### **El nudo crítico de las políticas sociales.**

Partiendo de la base de que un nuevo estilo de desarrollo económico y social debe estar basado en un amplio consenso, de modo de darle la continuidad y estabilidad indispensable para poder llegar a constituirse como tal, parece ser un requisito insoslayable del nuevo modelo garantizar a los trabajadores y a aquellos sectores sociales modestos que se han visto brutalmente afectados por la crisis una pronta recuperación del terreno perdido y mejoramientos graduales y sostenidos en el futuro y es precisamente en este aspecto en el que se advierten las mayores insuficiencias de las políticas actuales.

Desde el punto de vista de la estabilidad política del modelo, una de las consecuencias de la difusión masiva de los nuevos medios de comunicación es la elevación de las aspiraciones y exigencias de la población a una mejor calidad de vida. La expresión «calidad de vida» asume contenidos muy concretos para los diferentes grupos y estratos sociales. Tiene que ver con el mejoramiento en las condiciones de trabajo, de vivienda, de recreación, de alimentación y con la preservación o aun mejoramiento del medio ambiente y con aspectos políticos como la profundización de la democracia y su ampliación a lo económico y a lo social.

No obstante, no puede descartarse que en el caso específico de algunos países lleguen a conformarse modelos de desarrollo en los que los trabajadores y las clases populares sólo obtengan recuperaciones lentas y parciales del poder adquisitivo perdido en los últimos diez años.

Desde un punto de vista teórico, hay creciente rechazo a las tesis que oponen el aumento del consumo a la inversión y al crecimiento económico. El crecimiento de la producción y de la productividad está vinculado estrechamente a la ampliación del mercado interno, esto es, a la ampliación sistemática del consumo de bienes y de servicios de la mayoría de la población. Es obvio que, salvo en períodos muy cortos, no es posible consumir más de lo que se produce, pero no lo es tanto el que, a menos que se expanda constantemente el consumo, el crecimiento económico pier-

de vigor y la inversión productiva carece de suficientes estímulos para alcanzar los niveles que tuvo anteriormente. La disminución de la producción en casi todos los países de la región ha sido causada principalmente por la contracción de la demanda agregada y ésta, a su turno, por la disminución de la inversión y del consumo.

En rigor, no han escaseado los recursos financieros privados, sino que éstos fueron canalizados hacia el exterior en vez de ser invertidos en las economías internas.

### **Avances en la cooperación e integración.**

La homogeneización de las políticas económicas de los países de la región, unida a la creciente percepción de las enormes dificultades para salir aisladamente del círculo vicioso en que se debaten las economías nacionales, ha creado alentadores cambios en las expectativas de la integración latinoamericana. Hasta hace dos o tres años todos los analistas coincidían en el deterioro del funcionamiento de los esquemas de integración y concordaban en señalarles un sombrío futuro o su eventual desaparición. No obstante, en el último tiempo han surgido vigorosas iniciativas políticas que han creado acuerdos de libre comercio como el de Argentina-Brasil, al cual se unirían Uruguay y Paraguay, o que han dado nuevo ímpetu a acuerdos ya existentes, como es el caso del Acuerdo de Cartagena y del Mercado Común Centroamericano, o que adelantan acuerdos parciales de cooperación o de libre comercio, como ocurre entre Colombia-México-Venezuela, en el primer caso, o entre Chile-México o Venezuela-Chile en el segundo.

La constatación y valorización de las iniciativas anteriores no puede llevar a subestimar las dificultades a vencer en esa dirección. Entre ellas están la inestabilidad macroeconómica de algunos países, las diferencias que existen entre los niveles y la dispersión arancelaria vigente y los intereses contrapuestos en ramas y sectores específicos. En nuestra percepción, sin embargo, habría que tomar en cuenta que hay en la actualidad fuerzas económicas, políticas, sociales e ideológicas que están interesadas en promover la cooperación y la integración regionales.

### ***El carácter estratégico de la industrialización***

La aspiración de satisfacer las necesidades más apremiantes de la totalidad de la población latinoamericana y caribeña exige aumentos enormes de la producción de bienes y de servicios y de la productividad con que ellos se obtienen. Adicionalmente, el aumento de productividad permitirá obtener los bienes y servicios importados que cada nación requiere para poder desarrollar sus actividades productivas o para obtener del exterior los bienes y servicios que no puede o no está en

condiciones de producir internamente. Es cierto que este enfoque presupone que los esfuerzos para aumentar la producción de bienes y de servicios se harán precisamente en aquellos sectores y ramas en que las carencias de la población son más apremiantes y que, en la actualidad, se ha generado un notorio retroceso por la disminución del poder adquisitivo de la población.

De todos modos, como quiera que se definan los objetivos del desarrollo económico y social, parece indudable que la industrialización constituye el eslabón estratégico del desarrollo. Es necesario subrayar que no se está hablando de la industria sino de la industrialización, es decir, del conjunto de condiciones y requisitos que demanda la expansión de un sector industrial moderno, eficiente y competitivo internacionalmente. Cualquier análisis de las economías avanzadas y de las direcciones en que se está materializando el progreso técnico deja en claro que el sector industrial, acompañado de la expansión de los servicios que le son inherentes, asume el papel de motor de la expansión económica y de líder de las transformaciones que plantea la nueva revolución industrial.

De hecho, los progresos de todos los demás sectores económicos son dependientes de los avances de la industria y, específicamente, de la industria de bienes de capital.

Entre las muchas insuficiencias de las políticas actuales cabe resaltar aquí una particularmente importante: la falta de políticas industriales positivas y activas, esto es, que no sean meramente un subproducto de las políticas económicas globales, sino políticas que obedezcan a una intencionalidad deliberada hacia el sector industrial y a ramas específicas. Este nuevo modo de desarrollo económico y social atravesará todas o casi todas las esferas de la existencia social: Estado, relaciones entre clases y sectores sociales y entre éstas y el Estado, valores, comportamientos, educación, etc.

#### **La necesidad de políticas positivas.**

Hasta ahora, la vía principal para lograr un nuevo impulso industrializador ha consistido en someter a las actividades industriales nacionales a la competencia de las importaciones mediante una modificación radical de las políticas comerciales vigentes, la desregulación de esas actividades, la privatización de las empresas estatales y la apertura a la participación del capital extranjero. Más atrás, aunque en la panoplia de las políticas que están empezando a llevarse a cabo o a implantar en un futuro más o menos inmediato, está la reconversión industrial cuyo objetivo es capacitar a las industrias reconvertidas para enfrentar la competencia externa, el apoyo financiero y comercial a las industrias con capacidad o vocación exportado-

ra, la ampliación del apoyo oficial y privado a la investigación científico-técnica y una vinculación más estrecha y eficiente de los centros de investigación tecnológica con las empresas productivas.

En los casos más extremos se ha planteado, o se ha llevado a la práctica, la idea de que toda la producción industrial debe ser competitiva o desaparecer, en caso de que no lo fuese. Es posible, desde luego, que en un futuro más o menos cercano se maten dichas políticas para dar cabida a criterios que establezcan protección racional y selectiva a actividades industriales de carácter estratégico o que recién se inician.

### **Algunos interrogantes.**

Ante esta nueva estrategia surge un conjunto de interrogantes: ¿Hasta dónde debe avanzar la desprotección de las industrias nacionales para lograr un desarrollo económico rápido y sostenido? ¿Es posible económicamente progresar en todos los sectores industriales en forma simultánea y, si no lo es, cuáles serían los criterios de prioridad? ¿Cómo resolver los problemas de subempleo o de desempleo que crea una apertura agresiva a las importaciones? ¿Habrían algunas razones para la protección de ciertas actividades industriales?, ¿en qué casos y con qué tipo de instrumentos?

### ***¿Podremos acercarnos a una utopía?***

El previsible nuevo modelo de desarrollo económico y social que puede resultar de la actual crisis en la mayoría de los países de la región, aunque podría y debería significar progresos en distintos órdenes, seguramente se encontrará muy lejos de representar una sociedad radicalmente mejor a la que conocemos. Pero, ¿cuál es el tipo de sociedad a la que aspira la mayoría de los habitantes de América Latina y el Caribe?, ¿cuáles serían sus rasgos más resaltantes?, ¿cuáles sus diferencias más acusadas respecto a la actual sociedad?, ¿hasta dónde el nuevo modelo de desarrollo económico y social nos acerca o nos aleja de una sociedad sustantivamente mejor que la actual?

### **La eliminación de la pobreza.**

La aspiración humana, a una sociedad en la que impere la justicia, la solidaridad, la fraternidad, la paz, la igualdad o, por lo menos, la igualdad de oportunidades, la eliminación de la pobreza, es tan vieja que su origen se pierde en las profundidades de la historia. No obstante, después de miles de años nos encontramos todavía muy lejos de alcanzarla, aunque los prodigiosos avances científicos y tecnológicos

logrados por el hombre hacen pensar que es posible llegar a tener, si no todos, por lo menos algunos de sus atributos.

En el umbral de un nuevo milenio pareciera factible aspirar con mayor realismo a que un nuevo tipo de sociedad satisfaga todas las necesidades materiales básicas de la población de modo de empezar a permitir a todos los seres humanos, en su doble condición de individuos y de seres sociales, la más plena realización de sus potencialidades. No se trata de estimular un consumismo desorbitado que sólo podría lograrse enajenando otras vías de realización humana sino, por el contrario, de que la sociedad pueda tomar decisiones después de ponderar muy cuidadosamente los sacrificios que implican los aumentos en las formas y tipos de consumo.

Un primer paso muy importante en esa dirección sería la de eliminar, en el plazo más breve posible, las extensas zonas de indigencia y de pobreza extrema que existen en las sociedades latinoamericanas y del Caribe. Aunque este objetivo pudiera parecer modesto, resulta claro que exigiría grandes esfuerzos y, sobre todo, un cambio profundo en lo que hasta ahora han sido los objetivos prioritarios de los gobiernos. Implicaría, al mismo tiempo, una muy moderada redistribución del ingreso, según cálculos del Banco Mundial: «En ninguna región del mundo en desarrollo son los contrastes entre la pobreza y la riqueza nacional tan notables como en América Latina y el Caribe. A pesar de ingresos per cápita que son en promedio cinco y seis veces mayores que los de Asia Meridional y de Africa al Sur del Sahara, casi una quinta parte de la población de la región sigue viviendo en la pobreza. Esto se debe a un grado excepcionalmente elevado de desigualdad en la distribución del ingreso. Elevar los ingresos de todos los pobres del continente costaría sólo un 0,7 del PIB regional, lo que equivale a un impuesto sobre la renta de 2% aplicado a la quinta parte más rica de la población[\*]. Lograr la eliminación de la pobreza constituiría una verdadera revolución pues implicaría un cambio sustantivo de valores y la aplicación en la práctica de un tipo de solidaridad que hasta ahora es desconocida en la región. Crearía, además, una base objetiva para sustentar la dignidad de los hombres.

Desde el punto de vista económico significaría una gigantesca readequación del aparato productivo de bienes y servicios y de ingentes y sostenidos esfuerzos a lo largo de, por lo menos, unas dos décadas. La sola dotación de viviendas adecuadas y de la infraestructura necesaria es una tarea de enorme envergadura. La ampliación de la democracia pareciera ser un objetivo fundamental en sí mismo e indispensable para lograr lo anterior. Es obvio que la humanidad no está todavía en

condiciones materiales ni culturales para edificar la utopía. Se trata, en cualquier caso, de ir acercándonos a ella.

\*Banco Mundial: «Informe sobre el Desarrollo Mundial, 1990», Washington D.C., p. 161.

### **Referencias**

\*Banco Mundial, INFORME SOBRE EL DESARROLLO MUNDIAL. p161 - Washington D.C.. 1990;